

IMAGINACIÓN ESTÉTICA
E IMAGINACIÓN POLÍTICA.
ESTILO Y PENSAMIENTO
EN UN ENSAYO DE MARIÁTEGUI

Rafael Mondragón

EL PENSAR COMO ACTIVIDAD
Y APARICIÓN DE UNA PRESENCIA

Septiembre de 2009. Es el final de curso: es momento de celebración. He elegido un texto para leer junto a ellos en voz alta. Es nuestra forma de celebrar. Un pequeño ritual. Leemos. Comentamos. Aprendemos a atender y a conversar. Aprovechamos ese espacio colectivo para educar el atender intenso. El tono y el ritmo de las frases que leemos es identificado entre todos. Pesamos el peso de las palabras. Nos reímos cuando el texto ríe. Hablamos de cómo lo fundamental ocurre en los detalles pequeños. Y ello no sólo en los textos. Por eso no hay que dejar escapar el vocabulario del autor, la atmósfera sonora de sus párrafos, sus momentos de ambigüedad o de ironía. Esos momentos son la clave de una cierta riqueza. La historia de las ideas filosóficas tradicional buscaba reconstruir sistemas y categorías. La filología, en contraparte, celebra la aparición de singularidades. En la historia de las ideas filosóficas tradicional se dejaba la “cáscara” de los textos (sus palabras) para identificar sus ideas. La filología, en contraparte, dudó siempre de esa oposición

entre forma y fondo, alma y cuerpo, palabra e idea, pensamiento y experiencia. Dudó de la existencia de sistemas en los textos. En sus exponentes más radicales (como Raimundo Lida o Raymond Williams), a veces incluso dudó de la existencia de una “personalidad” o una “visión de mundo del autor” que reconstruir. Trató de mostrar los textos como fuerzas en movimiento: el cambio de posturas de ese cuerpo que es el texto, los énfasis, la transformación de los planteamientos, no necesariamente debe ser entendida como falta de coherencia.¹

En su primer libro, que puede entenderse como una apología de la lectura como práctica transformadora del mundo, Raymond Williams le explicaba a sus estudiantes que los grandes textos ofrecen una experiencia que es, al mismo tiempo, compleja, intensa y ambigua, y que por ello son capaces de elaborar incisiones sobre la complejidad, intensidad y ambigüedad de la propia experiencia de vida. El trabajo del comentario es un proceso constructivo y creativo en el cual la experiencia producida por los textos es recreada de manera progresiva “con una fidelidad y plenitud fuera de lo común”.² Por eso, a decir de Williams, la lectura

¹ Buena muestra de dicha actitud puede encontrarse en los textos que Lida dedicó al arte de Rubén Darío. Véase por ejemplo Raimundo Lida, “Notas al casticismo de Rubén”, en *De la literatura hispánica moderna*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 15-47. Una excepción temprana en esta relación polémica entre la que filosofía y filología puede encontrarse en la obra teórica de José Gaos, quien desarrolló una atención filológica hacia expresiones y contextos y elaboró una teoría en la que dichas expresiones eran entendidas como acciones verbales orientadas hacia la auto-construcción de un sujeto. Véase Rafael Mondragón, “Para una teoría literaria de nuestros textos filosóficos. La dimensión estética del pensamiento latinoamericano según la obra de José Gaos”, en *Francisco Bilbao y la caracterización de la prosa de ideas en nuestra América en el siglo XIX*, tesis de doctorado inédita para optar al grado de Doctor en Letras, México, FFYL-UNAM, 2013, pp. 37-57.

² Raymond Williams, *Lectura y crítica*, traducción de Mariana Calcagno, Buenos Aires, Ediciones Godot, 2013, p. 46. Este interesante libro de 1948 merece una traducción más atenta a los detalles estilísticos que conforman la base de los análisis de Williams. Compárese, por ejemplo, con el trabajo

implica una atención flexible que sea capaz de captar las modulaciones y ritmos de las ideas en su dimensión textual. Dicha atención, cuando es plena, deriva necesariamente en el propio lector, que trabaja sobre sí mismo en el momento de leer, y por ello “debe tener el coraje de admitir lo que siente y la flexibilidad de saber *qué* es lo que siente”.³

Si la filología tiene algo que ofrecer al resto de los saberes humanísticos en este contexto social y político, probablemente ese algo pueda resumirse en cierta forma de atender a la propia experiencia: una educación de la sensibilidad que permite desinstituir cierta manera de construir la vivencia “natural” del mundo. Una atención hacia uno mismo que permite también desinstituir la coherencia interna del sujeto que responde a ese mundo con sus actos, sus sentimientos y sus fantasías. Ese sujeto somos cada uno de nosotros. Lo que se juega al leer es la forma que ese texto permite que nos construyamos. Las condiciones de posibilidad que se despliegan para que hagamos un ejercicio de libertad. Por eso la lectura es un espacio de goce: en ella asistimos al descubrir de una potencia. Frente a la presunta naturalidad de la experiencia, la sensibilidad filológica permite educarse en una suerte de arqueología: desentierra los motivos, tópicos y esquemas retóricos que laten en el sustrato de vivencias que parecen naturales; permite descubrir el hilo narrativo de pensamientos que son, al tiempo, sentires.

En septiembre de 2009 he elegido a Mariátegui para cerrar el curso que he llevado junto a mis alumnos:

Escribe Luis Araquistáin que “el espíritu conservador, en su forma más desinteresada, cuando no nace de un bajo egoísmo, sino del temor a lo desconocido e incierto, es en el fondo falta de imaginación”. Ser revolucionario o renovador es, desde este

elaborado por Margit Frenk en su adaptación de Johannes Pfeiffer, *La poesía*, México, FCE, 1959.

³ Raymond Williams, *op. cit.*, p. 42.

punto de vista, una consecuencia de ser más o menos imaginativo. El conservador rechaza toda idea de cambio por una especie de incapacidad mental para concebirla y para aceptarla. Este caso es, naturalmente, el del conservador puro, porque la actitud del conservador práctico, que acomoda su ideario a su utilidad y a su comodidad, tiene, sin duda, una génesis diferente.⁴

Hablamos de las ideas que el texto teje, poco a poco; del despliegue del pensamiento de Mariátegui. Porque a lo que asistimos no es sólo a la enumeración sistemática de un pensamiento ya pensado, sino sobre todo a un espectáculo en que se despliega, públicamente, el ejercicio de un pensar: un filosofar, para decirlo con palabras que Horacio Cerutti Guldberg tomó de José Gaos.⁵ El texto que leemos es un ensayo, y la primera experiencia que tenemos es la experiencia de una voz: un cierto nivel de calidez, un ritmo y una entonación. A través de ellos, el yo que Mariátegui inventa de sí mismo emerge ante nosotros como una *presencia* e invita a entablar con nosotros una relación afectiva: “heme aquí”. El pensamiento se despliega como una vivencia: la relación que el ensayo construye no va de un concepto a otro concepto, sino de un sujeto a otro sujeto, de una presencia que se abre a la vivencia que otra presencia comparte.

Mariátegui no nos dice de una vez a dónde va, pero nos invita a participar de un proceso. Con sus palabras va construyendo una experiencia para que lo acompañemos. Para reconstruir dicha experiencia puede ser útil recordar las reflexiones de la filósofa costarricense Vera Yamuni sobre la necesidad de construir una fenomenología de la expresión, reflexiones que comparten un clima de época con el desarro-

⁴ José Carlos Mariátegui, “La imaginación y el progreso”, en *Literatura y estética*, Mirla Alcibiades, ed., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2006, p. 77.

⁵ Véase Horacio Cerutti Guldberg, *Filosofar desde nuestra América. Ensayo problematizador de su “modus operandi”*, México, Miguel Ángel Porrúa/UNAM, 2000, p. 34.

llo de la estilística española y latinoamericana.⁶ Les pido a mis alumnos que nos fijemos en los pequeños detalles de ese párrafo: sus palabras, su tono, la sintaxis sencilla. Les pregunto: ¿sienten que entendieron el texto?, y ellos dicen que sí: entendemos, pero no entendemos qué entendemos. El arte del comentario literario se asume, ante todo, como una arqueología de nuestra experiencia: es un esfuerzo de atención que reconstruye lo que no sabíamos que habíamos sentido, y traza el crecimiento secreto de sensaciones y asociaciones. Como dijo Emilio Lledó: pensar que pensamos; sentir que sentimos.⁷

Así, por ejemplo, aquí, la sensación de un *tono*. En el primer párrafo que acabamos de leer hay una leve sonrisa, que carga todo el texto que sigue de sentido del humor. Ella aparece, por ejemplo, en la distinción entre conservadores puros y conservadores prácticos, que está cargada de ironía, así como en el uso del “sin duda” al final de la última frase (“... porque la actitud del conservador práctico, que acomoda su ideario a su utilidad y a su comodidad, tiene, *sin duda*, una génesis diferente”).⁸

⁶ María del Rayo Ramírez Fierro, “Vera Yamuni: filósofa del pensamiento de lengua española”, *Pensares y Quehaceres* (México), núm. 3 (2006), pp. 19-29; Rafael Mondragón, “Nuestra filología, entre dos silencios (notas sobre la historia del saber filológico latinoamericano y sobre su responsabilidad ciudadana)”, en Ottmar Ette y Sergio Ugalde Quintana, coords., *La filología como ciencia de la vida*, México, Universidad Iberoamericana, 2015, pp. 119-138, y “La sonrisa de Margit”, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* (México), núm. 512 (agosto de 2013), p. 17.

⁷ Véase Emilio Lledó, *Imágenes y palabras. Ensayos de humanidades*, Madrid, Taurus, 1998.

⁸ También es destacable el uso calculado de la ambigüedad, que puede enmarcarse en el juego entre alusión y elusión teorizado por Dámaso Alonso y recuperado parcialmente por Arturo Andrés Roig. En la cita de arriba, en lugar de hablar de los intereses de clase que condicionan la actitud de los conservadores prácticos, Mariátegui prefiere sólo decir que esa actitud tiene una génesis “diferente”. Todos sabemos a qué se refiere, pero él no considera necesario entrar en detalles. Así, un tema presupuesto en el imaginario social se realiza con mayor fuerza, paradójicamente, cuando no es señalado explícitamente.

La presencia del humor es uno de los muchos hilos que atraviesan la producción de Mariátegui, otorgándoles coherencia expresiva a textos de las etapas más diversas. Hay algo del trabajo de la crítica que se explica sin decirse en este uso del humor. Él carga de tensión las frases, que son engañosamente sencillas. Está presente desde las primeras crónicas de Juan Croniqueur, en una de las cuales el autor dibuja una máscara de sí mismo que hace uso de los tópicos mitológicos del modernismo.⁹ Se reconcentra hacia adentro en los textos publicados alrededor de 1914, cuando la sonrisa de Mariátegui se hace menos evidente, es decir, más propiamente irónica, lo que le da a su frase un nuevo vigor que deriva de dicha tensión interna.¹⁰ En textos tan notables como “Desperezo”, de 1916, ese humor tensado se vuelve ventana privilegiada para que Mariátegui comience a ensayar la crítica de la realidad social y política de su país. Y en la presentación de *La Razón*, de 1919, la máscara de sátiro regresa transfigurada: ahora el derecho a usar el humor se presenta al mismo tiempo que la voluntad de decir la verdad en un país donde la política se construye mintiendo.¹¹ La obra de Mariátegui adquiere coherencia interna por la persistencia de un conjunto

⁹ “No me pidáis nada serio, porque este sátiro de patas de chivo y cara peluda, sólo sabe reírse, reírse siempre con su risa alocada y sarcástica”, José Carlos Mariátegui, “Popularidad de Lerroux. El mitin de Jai Alai. Un poeta festivo”, en *Invitación a la vida heroica. Textos esenciales*, edición de Alberto Flores Galindo y Ricardo Portocarrero, 2ª ed., Lima, Fondo Editorial del Consejo del Perú, 2005, p. 6.

¹⁰ Por ejemplo, en el cuento “Juan Manuel”, incluido en *Invitación a la vida heroica*, pp. 14-17.

¹¹ “Nuestro propósito consiste en [...] decir siempre la verdad [...]. Nos proponemos efectuar esta labor con la mayor circunspección. Pero no queremos que nuestra circunspección sea una de esas circunspecciones cómicamente majestuosas y teatrales que aquí se estilan. Nuestro concepto de circunspección periodística es demasiado amplio e intelectual para que creamos, por ejemplo, que no se avenga con ella la nota humorística y recreativa, que debe sembrar de amenidad y frescura y preservar de frialdad y pesadez las columnas de un periódico de esta naturaleza”, J. C. Mariátegui, “Palabras preliminares. Nuestra posición en la prensa”, en *Invitación a la vida heroica*, pp. 121-122.

de preocupaciones e intereses, pero también por un estilo: una manera de pensar sonriendo, en la que se figura una ética y una estética. El párrafo recién citado tiene una sencillez engañosa, un arte que no quiere ser reconocido. Sus recursos quieren mantenerse invisibles. La llaneza de su tono nos hace partícipes, en pie de igualdad, de esa experiencia que se despliega. En la motivación —consciente o inconsciente— detrás de esa elección estilística no sólo se juega una especial relación entre estilo y pensamiento, entre ética y estética, sino también entre el pensamiento de Mariátegui y el espacio público en que se inserta esa palabra, entonces y ahora.

Esa dimensión ética y estética del pensar que deviene texto explica también algo sorprendente: en septiembre de 2009, casi cien años después de la aparición de este texto, un profesor y un grupo de estudiantes tienen la sensación de un rostro que emerge de un pedazo de papel, una voz que se construye al presentarse ante nosotros. Ese alguien existía antes de abrir el libro —su *nombre* es José Carlos Mariátegui—, pero también es una figura de la enunciación cuyos gestos conocemos sólo porque hemos leído esa página.¹² Con ello quiero decir que el trabajo intelectual de dirigirse a otro por medio de palabras incluye también la escenificación de un pensar, la construcción de una figura autoral, el despliegue de una experiencia y la propuesta de un espacio ético que permite cierta forma de relación con una comunidad de lectura.

POÉTICA Y POLÍTICA DE LA ALUSIÓN

Leemos en voz alta otra vez. Pero ahora avanzamos un poco:

Escribe Luis Araquistáin que “el espíritu conservador, en su forma más desinteresada, cuando no nace de un bajo egoísmo, sino

¹² Es la dialéctica entre el “yo” y el “nombre” pensada por Liliana Weinberg en *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, México, FCE, 2001.

del temor a lo desconocido e incierto, es en el fondo falta de imaginación”. Ser revolucionario o renovador es, desde este punto de vista, una consecuencia de ser más o menos imaginativo. El conservador rechaza toda idea de cambio por una especie de incapacidad mental para concebirla y para aceptarla. Este caso es, naturalmente, el del conservador puro, porque la actitud del conservador práctico, que acomoda su ideario a su utilidad y a su comodidad, tiene, sin duda, una génesis diferente.

El tradicionalismo, el conservatismo, quedan así definidos como una simple limitación espiritual. El tradicionalista no tiene aptitud sino para imaginar la vida como fue. El conservador no tiene aptitud sino para imaginarla como es. El progreso de la humanidad, por consiguiente, se cumple malgrado el tradicionalismo y a pesar del conservadorismo.

Hace varios años que Oscar Wilde, en su original ensayo *El alma humana bajo el socialismo*, dijo que “progresar es realizar utopías”. Pensando análogamente a Wilde, Luis Araquistáin agrega que “sin imaginación no hay progreso de ninguna especie”. Y en verdad, el progreso no sería posible si la imaginación humana sufriera de repente un colapso.¹³

Éste es el primer párrafo de “La imaginación y el progreso”, un ensayo publicado en diciembre de 1924 en la revista *Mundial*. El pensar que se despliega en el texto —que habita el tiempo—, es, al mismo tiempo, un pensar que acontece en la historia, tiempo del mundo que vive en el tiempo del texto. “La imaginación y el progreso” forma parte del conjunto que Mariátegui comenzó a publicar en *Mundial* pocos meses después de la amputación de su pierna. El director de la revista, el periodista Andrés A. Aramburú, le ofreció a José Carlos escribir regularmente en la misma. Este ofrecimiento se enmarca en un conjunto de gestos de otros periodistas y amigos que intentaron ayudar al autor por la difícil situación económica a la que había quedado reducido después de los

¹³ José Carlos Mariátegui, *op. cit.*, pp. 77-78.

elevados gastos de su hospitalización.¹⁴ Sabemos por los testimonios de su esposa y sus amigos que por aquellas épocas Mariátegui tuvo que luchar contra la tristeza. Ello explica algo de una transformación del *nombre* de Mariátegui en el *yo* (textual) de Mariátegui por medio de una serie de estrategias de figuración y refiguración que, en este caso, pasan por la construcción de un tono que no sólo es irónico: en él hay también alegría. La sonrisa de Mariátegui abre una posibilidad de pensar temas políticos y filosóficos desde un lugar productivo. El primer artículo de Mariátegui en *Mundial* apareció el 26 de septiembre de 1924. Este texto que leemos se publicó en diciembre, pero más adelante hará referencia a un conjunto de sucesos ocurridos varias semanas antes: proyecta imaginariamente un tono alegre, esperanzado, hacia aquellos meses aciagos en que el periodista y pensador decidió redoblar sus esfuerzos para escribir.

Los párrafos recién citados están cargados de tensiones. Una de ellas proviene de un recurso desplegado al inicio del primer párrafo: la alusión. Les pregunto a mis alumnos si saben quién es Oscar Wilde, y ellos responden que sí, que a ese autor lo conocen. Es algo más o menos natural en una carrera de literatura. Ello probablemente reproduce las reacciones de una parte de la comunidad congregada en torno a Mariátegui, que conoce el nombre de ese autor por sus incursiones en la bohemia literaria de Abraham Valdelomar: para ellos Wilde es una especie de autor-emblema que simboliza una particular manera de concebir las relaciones entre el arte y la vida. La alusión hace emerger el sentido común de los grupos sociales ligados afectivamente a sus

¹⁴ Véase Servais Thissen, *Mariátegui. La aventura del hombre nuevo*, Lima, Horizonte, 2017, pp. 308-311 (sobre las muestras de solidaridad hacia Mariátegui) y 314-315 (sobre *Mundial*). Este reciente libro de Servais Thissen actualiza las clásicas investigaciones sobre la vida de Mariátegui elaboradas por Guillermo Rouillón, y será imprescindible para futuros investigadores de la obra del Amauta.

palabras: es un recurso que ayuda a construir una forma de *afiliación*, una suerte de comunidad imaginada que no se corresponde mecánicamente con la clase social, la etnia o la región en que nació Mariátegui.¹⁵

Gracias a la alusión, Mariátegui, en cuanto sujeto biológico, deviene sujeto social: la red de afiliaciones que emergen a partir de las alusiones en el texto ayudan a la voz ensayística a construir una posición sobre la realidad; el yo textual del ensayo adquiere dimensión crítica, al tiempo que proyecta una realidad textual. Para otros lectores de la época, esta alusión a Wilde, junto a otras que la seguirán, conecta el ensayo de Mariátegui con la serie dedicada al arte moderno que el autor había comenzado a publicar a comienzos de 1924 en *Varietades*, y que fue interrumpida por la crisis de su salud.¹⁶ Les pregunto a mis alumnos si sabían que Wilde era autor de ese libro “original” llamado *El alma humana bajo el socialismo*. Ellos dicen que no. Les digo que el texto está sonriendo. En el uso de la palabra “original” hay sentido del humor. Las tensiones creadas por la alusión a Oscar Wilde van ayudando a tramar progresivamente una poética de la sorpresa. Ella reúne a comunidades acostumbradas a observarse como distintas entre sí, y reconstruye su sentido común: lo que parecía conocido comienza a revelar un rostro nuevo; la comunidad imaginada en las estrategias de alusión y afiliación no es idéntica en términos mecánicos a la comunidad que existía antes de entrar a la lectura de este ensayo.

¹⁵ Sobre la relación de Mariátegui con la bohemia de Valdelomar, véase Mónica Bernabé, *Vidas de artista. Bohemia y dandismo en Mariátegui, Valdelomar y Eguren*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2006, caps. II y III. Sobre la noción de “afiliación”, véase Edward W. Said, *El mundo, el texto y el crítico*, Madrid, Debate, 2004.

¹⁶ Véase Servais Thissen, *op. cit.*, pp. 294-295, con un recuento de algunas de las obras elegidas por Mariátegui para ilustrar estos artículos, así como el excelente análisis de los mismos por parte de Álvaro Campuzano Arteta, *La modernidad imaginada. Arte y literatura en el pensamiento de José Carlos Mariátegui (1911-1930)*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2017.

Porque además de la comunidad reunida en torno a Oscar Wilde, hay otra comunidad cuyo autor-emblema es citado desde la primera frase del ensayo. El texto se inicia así, a la mitad de la nada, ofreciéndonos cierta frase interesante de Luis Araquistáin que convoca a una comunidad diferente, la de los jóvenes intelectuales que en torno de 1918 comenzaron a definir una cierta orientación hacia el socialismo. Cuando publicó este texto, Mariátegui llevaba poco más de un año de haber regresado al país, e iniciaba los trabajos para darle a dicho socialismo una orientación revolucionaria. Araquistáin era el autor emblemático de los primeros miembros de la generación de Mariátegui que iniciaron dicha transformación: la revista *Nuestra Época*, que Mariátegui fundó junto a César Falcón y Félix del Valle, estaba inspirada en el modelo de *España*, revista de Araquistáin que agrupaba a la generación del 98. El mismo Mariátegui había entrado a su primera polémica pública gracias a un artículo aparecido en el primer número de *Nuestra Época*, que hacía una crítica de la posición que los militares debían mantener en la república: las opiniones polémicas de aquel artículo estaban introducidas, justamente, con una cita de Araquistáin.¹⁷ Estas son algunas de las cosas que pudieron ser recordadas por algunos de los lectores de 1923.

Así pues, las palabras no sólo hacen emerger otras palabras, sino también sus contextos. El Mariátegui de 1924 recuerda el gesto del de 1918. El trenzado de las citas de Wilde y Araquistáin desordena el sentido común de las comunidades interpeladas por estas alusiones. A los preocupados por la política en clave socialista les parecerá natural prestar atención a Araquistáin, pero no a Wilde; preocuparse de la

¹⁷ Fernanda Beigel, "La presencia de *España* (1915-1924) en la primera revista de Mariátegui", en *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2006, pp. 73-83 (las pp. 77-78 tienen un sugerente tratamiento de la polémica sobre el ejército).

transformación de la realidad, pero no de la imaginación. Para ellos, el texto inicia dándole la voz a un autor que se supone conocido y que de pronto dice algo interesante y sorprendente. Luego da la voz a otro autor, presuntamente diferente, que expone algo parecido a lo que dijo el primero: “Hace varios años que Oscar Wilde [...] dijo que ‘progresar es realizar utopías’. Pensando análogamente a Wilde, Luis Araquistáin agrega que ‘sin imaginación no hay progreso de ninguna especie’”. La voz sonriente de Mariátegui teje las citas, añadiendo una detrás de la otra, y al mismo tiempo teje saberes que parecerían pertenecer a campos distintos, intereses que parecían pertenecer a comunidades separadas entre sí: en una frase deslumbrante nos encontramos sin querer a los amantes de Wilde y a los amantes de Araquistáin, la imaginación política con la imaginación estética. El mundo de la gente que sueña el mundo roza los dedos del mundo de aquellos que quieren transformarlo.

Así, el gesto del pensar de Mariátegui, su poética, lleva implícita una política: al mismo tiempo que nos muestra el ejercicio de un pensar, la voz del texto *hace* algo respecto de una forma de organización del sentido, incide en la manera en que distintas comunidades se conciben a sí mismas. Les digo a mis alumnos de 2009 que Mariátegui se ha burlado sutilmente de nosotros, los que creíamos que soñar el mundo no tenía nada que ver con transformarlo. También se está burlando de los otros, los que creían que transformar el mundo no tenía nada que ver con soñar... La tristeza ligada a un cierto contexto de enunciación deviene alegría en cuanto tono y estrategia de reflexión. La voz sonriente de Mariátegui avanza por el texto, y nos muestra que Wilde y Araquistáin participan en realidad de un mismo proyecto histórico, que es el magno acto imaginativo del proyecto socialista. Nos ha enseñado que no conocíamos la tradición que creíamos nuestra, y nos ha invitado amablemente a acercarnos a lo que pensábamos ajeno. Y todo eso lo hizo

con palabras. Porque nunca conocimos a Mariátegui. Sólo estamos frente a una hoja de papel, y casi ha pasado un siglo desde que fue publicado ese texto.

LA IMAGINACIÓN COMO EXPERIENCIA DEL TIEMPO
Y APERTURA A LA PRAXIS HISTÓRICA

Entonces les pido que sigamos leyendo en voz alta. Como si diéramos vuelta en espiral, regresamos al inicio del ensayo saboreando cada palabra lentamente, al tiempo que avanzamos un poco:

Escribe Luis Araquistáin que “el espíritu conservador, en su forma más desinteresada, cuando no nace de un bajo egoísmo, sino del temor a lo desconocido e incierto, es en el fondo falta de imaginación”. Ser revolucionario o renovador es, desde este punto de vista, una consecuencia de ser más o menos imaginativo. El conservador rechaza toda idea de cambio por una especie de incapacidad mental para concebirla y para aceptarla. Este caso es, naturalmente, el del conservador puro, porque la actitud del conservador práctico, que acomoda su ideario a su utilidad y a su comodidad, tiene, sin duda, una génesis diferente.

El tradicionalismo, el conservatismo, quedan así definidos como una simple limitación espiritual. El tradicionalista no tiene aptitud sino para imaginar la vida como fue. El conservador no tiene aptitud sino para imaginarla como es. El progreso de la humanidad, por consiguiente, se cumple malgrado al tradicionalismo y a pesar del conservadorismo.

Hace varios años que Oscar Wilde, en su original ensayo *El alma humana bajo el socialismo*, dijo que “progresar es realizar utopías”. Pensando análogamente a Wilde, Luis Araquistáin agrega que “sin imaginación no hay progreso de ninguna especie”. Y en verdad, el progreso no sería posible si la imaginación humana sufriera de repente un colapso.

La historia les da siempre razón a los hombres imaginativos. En la América del Sur, por ejemplo, acabamos de conmemorar la figura y la obra de los animadores y conductores de la Revolución de la Independencia. Estos hombres nos parecen, fundadamente, geniales. ¿Pero cuál es la primera condición de la genialidad? Es, sin duda, una poderosa facultad de imaginación. Los libertadores fueron grandes porque fueron, ante todo, imaginativos. Insurgieron contra la realidad limitada, contra la realidad imperfecta de su tiempo.

Trabajaron por crear una realidad nueva. Bolívar tuvo sueños futuristas. Pensó en una confederación de estados indo-españoles. Sin este ideal, es probable que Bolívar no hubiese venido a combatir por nuestra independencia. La suerte de la independencia del Perú ha dependido, por ende, en gran parte, de la aptitud imaginativa del Libertador. Al celebrar el centenario de una victoria de Ayacucho se celebra, realmente, el centenario de una victoria de la imaginación. La realidad sensible, la realidad evidente, en los tiempos de la Revolución de Independencia, no era, por cierto, republicana ni nacionalista. La benemerecencia de los libertadores consiste en haber visto una realidad potencial, una realidad superior, una realidad imaginaria.¹⁸

Mariátegui teje saberes distintos, que vienen del campo del arte y de la militancia política. También teje vínculos entre varias comunidades, que se consideraban dueñas de esos saberes. Al mismo tiempo va enunciando una tesis que se construye temporalmente. Ella habla de la fuerza de la imaginación. Esa palabra, “imaginación”, deja de pertenecer sólo al léxico de la estética, y se vuelve una clave interpretativa para comprender la historia en cuanto realización humana. El arte auténtico —la auténtica apuesta—, es el arte de la vida compartida.¹⁹ Una vez más, un tema de la época deca-

¹⁸ José Carlos Mariátegui, *op. cit.*, pp. 77-78.

¹⁹ A diferencia de lo que había escrito en la presentación de *Nuestra Época*, cuando Mariátegui había reivindicado la autonomía de las esferas del arte y la política, desde 1923 el autor peruano trabaja en una concepción que lucha contra la separación entre el arte y la política. Es mérito de Antonio

dentista del autor (el del arte de la propia vida) regresa, en alusión delicada, al presente.

A través de esa clave, Mariátegui se apropia de un conjunto de palabras que le pertenecía a otra comunidad, que no es ni la comunidad de los militantes ni la comunidad de los artistas: de la misma manera que las referencias a Bolívar y “la Revolución de Independencia”, las palabras “conservatismo” y “tradicionalismo” son típicas del mundo de la gran política latinoamericana. A lo largo de 1924, el gobierno de Augusto B. Leguía realizó celebraciones y cubrió la ciudad de monumentos para conmemorar el centenario de la batalla de Ayacucho. De esa manera se profundizó en una política de invención de tradiciones a través del ritual público, la celebración y la rememoración que había tenido un primer momento fundamental en 1921, durante las celebraciones del centenario de la proclamación de la independencia. El tema fue discutido a profundidad en *Mundial*, en 1921 y 1924, y a él alude Mariátegui en el texto de diciembre que estamos comentando.²⁰

Pero las palabras “conservatismo” y “tradicionalismo” son típicas también de un género literario, que es el de la historia política elaborada por las élites. En él, los procesos independentistas que llevaron a la fundación de nuestros

Melis el haber señalado la importancia fundamental de este tema que, como ha señalado Fernanda Beigel, abrió la puerta para la discusión del vanguardismo de Mariátegui. Véase Carlos Arroyo Reyes, “La parábola mariateguiana de Antonio Melis”, *Cuadernos Americanos*, vol. III, núm. 81 (2000), pp. 144-168, y Fernanda Beigel, *El itinerario y la brújula. El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui*, Buenos Aires, Biblos, 2003, p. 97.

²⁰ Véase Carlota Casalino Sen, “Centenario de la Independencia y el próximo Bicentenario: diálogo entre los Próceres de la nación, la ‘Patria Nueva’ y el proyecto de comunidad cívica en el Perú”, *Investigaciones Sociales*, año X, núm. 17 (2006), pp. 285-309, así como José Antonio Chaupi Torres, “Patria y nación: Leguía durante el centenario de la Batalla de Ayacucho”, *Investigaciones Sociales*, vol. XIX, núm. 34 (2005), pp. 131-141, que además contempla un análisis de los debates sobre estas celebraciones en las revistas *Variaciones* y *Mundial*.

Estados nacionales habían sido reducidos a la lucha entre el “conservatismo” y el “liberalismo”, grupos que encarnan fuerzas históricas (la “tradicición” y el “progreso”) y que, al tiempo, explican de cierta forma el presente y sus crisis (por ejemplo, culpando a grupos retardatarios de asuntos como las divisiones interétnicas e interclasistas, que, en la mirada de algunos intelectuales, fueron responsables de que Perú perdiera la guerra con Chile).²¹

El uso que hace Mariátegui de estas palabras altera levemente su sentido, y en esa leve alteración emergen los contornos de su reflexión sobre la imaginación como fuerza de la historia. La apropiación es, en realidad, expropiación: Mariátegui reivindica su derecho a usar ciertas palabras que parecían tener dueño. A través de él, las recibimos nosotros. Y volvemos a leer: “el tradicionalismo, el conservatismo, quedan así definidos como una simple limitación espiritual. El tradicionalista no tiene aptitud sino para imaginar la vida como fue. El conservador no tiene aptitud sino para imaginarla como es”.

El problema filosófico que se juega en esas líneas es que la “vida”, lo real de la realidad, no puede reducirse a lo que esa realidad ya es: nos hemos acostumbrado a vivir la vida como si ella fuera algo ya dado; pero la vida es algo en devenir constante, que no es de una vez, sino que va siendo. Lo real de la realidad es también lo que en ese momento de la realidad puede palpase como posible: lo que en cierto momento histórico se puede hacer imaginable. Este cambio de registro en el texto se corresponde con un enriquecimiento del campo léxico desde el cual se articula el ensayo. Casi sin que el lector se dé cuenta aparece la “utopía”, una palabra nueva en el contexto de este ensayo con la cual el

²¹ Véanse los comentarios de G. Antonio Espinoza sobre la formación del nacionalismo educativo peruano en su obra *Education and the State in Modern Peru. Primary Education in Lima, 1821-c.1921*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2013, pp. 69-75.

campo léxico de la “imaginación” se enriquece y adquiere dimensión histórica.

Hay probablemente otro texto aludido en este texto, que se relaciona con 1924, pues en dicho tiempo la difusión de ese texto estaba transformando las discusiones del marxismo heterodoxo: “El defecto fundamental de todo el materialismo anterior —incluido el de Feuerbach— es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, no como *práctica*, no de un modo subjetivo”. Se trata de las “Tesis sobre Feuerbach” de Marx, que comenzaron a conocerse desde finales del siglo XIX gracias a la edición de Engels de 1888.²² Iván Illich habló de cómo, en la tradición medieval, los incipits son como acordes que convocan a toda una tradición intelectual.²³ Y hay algo de acorde en este texto, que puede ponerse de manifiesto si se leen alternativamente frases de Mariátegui y frases de las *Tesis sobre Feuerbach*: “El tradicionalista no tiene aptitud sino para imaginar la vida como fue. El conservador no tiene aptitud sino para imaginarla como es”, pudiera hacer resonar “el defecto fundamental de todo el materialismo anterior —incluido el de Feuerbach— es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de objeto o de contemplación, pero no como actividad sensorial humana, no como práctica, no de un modo subjetivo”. Los textos se parecen, y al mismo tiempo son distintos. Las palabras se traslapan: es como si uno tradujera al otro. La “vida” se desdobra en “las cosas, la realidad, la sensoriedad”. “*Concebir*

²² “Tesis sobre Feuerbach”, en *Obras escogidas de Marx y Engels*, t. I, p. 7. Engels publicó este texto como apéndice a su libro *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. En 1928, Riazánov publicaría su edición del texto original de Marx, que difiere ligeramente del publicado por Engels, que es el que pudo conocer Mariátegui. Sobre la historia de este texto véase Bolívar Echeverría, *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*, México, Ítaca, 2011, p. 11, n. 1.

²³ Véase *En el viñedo del texto*, México, FCE, 2002, cap. I.

las cosas” se vuelve “*imaginar* la vida”; concebirlas “bajo la forma de objeto o de contemplación” es similar a imaginar la vida sólo “como fue” y “como es”, no como podría ser. A través de este juego posible emerge una traducción fuera de lo común: “conservatismo” y “tradicionalismo” adolecen de los mismos defectos que “todo el materialismo anterior”.

La imaginación es la capacidad para vivir la “vida” en cuanto historia, es decir, en cuanto algo que deviene continuamente y en cuyo devenir estamos implicados. Y, como dice Mariátegui, “el progreso de la humanidad, por consiguiente, se cumple malgrado al tradicionalismo y a pesar del conservadorismo”. La capacidad para experimentar la “vida” en cuanto devenir es correlativa de la capacidad para descubrir que somos capaces de incidir en el devenir de la realidad, de volvernos sujetos de nuestra historia. Ello quiere decir que nada está dado de antemano, y por eso la transformación del mundo es una posibilidad siempre abierta. De esa manera, la imaginación, en cuanto clave interpretativa, trae al ensayo que estamos leyendo en voz alta el problema de la responsabilidad del ser humano en la construcción de su mundo y la afirmación implícita de que un mundo más justo es posible.

Pensar significa también cargar de nuevos significados las palabras de una comunidad. Con palabras cuidadosamente resignificadas como “imaginación” y “utopía”, Mariátegui construye un vocabulario filosófico propio para ir trabajando este problema. Al mismo tiempo, los textos a los que alude Mariátegui llevan su propio vocabulario, que se inserta en el vocabulario del texto y enriquece su problemática. Militancia y arte no están tan separados como creeríamos, porque ambas participan de la imaginación; a través de la imaginación podemos comprender que el trabajo artístico es una forma de militancia, de la misma manera en que la militancia es una práctica estética. Pero el hecho de que ambas participen de la imaginación quiere decir que ambas son actividades en donde el mundo vivido se abre crítica-

mente: puede experimentarse como proceso en devenir y convertirse en objeto de la acción de un sujeto que toma las riendas de su destino para producirse a sí mismo al tiempo que transforma su historia; un sujeto que deja de creer que la realidad es sólo lo que ella ha sido; deja de creer, por ejemplo, que lo más natural para él es ser pobre y vivir en un mundo de explotadores y explotados.

Entonces les digo a mis alumnos que hay otro texto de 1845 que probablemente (aquí sólo se trata de probabilidades) está siendo aludido. Se trata de la tercera sección del capítulo primero de *La ideología alemana*. En él, Marx y Engels dicen que la clase dominante de cada sociedad no sólo ejerce su poder a través del dominio material, sino también a través del monopolio del “poder espiritual”: imponiendo una imagen de lo que la realidad es y también de lo que podría ser.²⁴ Por eso “el tradicionalista no tiene aptitud sino para imaginar la vida como fue” y “el conservador no tiene aptitud sino para imaginarla como es”. El dominio de la clase en el poder no sólo depende de la violencia. También tiene que ver con la imposición de una forma de experimentar el mundo que convence a los dominados de la imposibilidad de vivir de otra manera: una clausura del futuro. La invitación a ser imaginativo es, en Mariátegui, una invitación a recuperar ese futuro arrebatado por la experiencia de dominación. Ello equivale a una invitación a descubrir en cada instante vivido las posibilidades reales de transformación del mundo.

UNA PROCLAMA: IMAGINAR EL FUTURO

Es septiembre de 2009. En México y buena parte de nuestra América estamos a punto de conmemorar el bicentenario de

²⁴ Marx y Engels, “Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista”, en *Obras escogidas de Marx y Engels*, t. I, pp. 45-48.

las revoluciones de independencia. Casi para cerrar, aludo a un texto conocido por todos nosotros: un poema de José Emilio Pacheco que sirve para cerrar el círculo entre el pasado y el presente:

Alta traición

No amo mi patria.
Su fulgor abstracto
es inasible.
Pero (aunque suene mal)
daña la vida
por diez lugares suyos,
cierta gente,
puertos, bosques de pinos,
fortalezas,
una ciudad deshecha,
gris, monstruosa,
varias figuras de su historia,
montañas
—y tres o cuatro ríos.²⁵

Les pregunto a mis estudiantes si ellos se emocionan al escuchar el himno nacional, si se sintieron convocados en aquellas fastuosas celebraciones. Estoy seguro de que me dirán que no, porque yo tampoco me sentí convocado. Creo que hace un siglo pasó algo parecido. El 9 de diciembre de 1924 se celebró en Perú el centenario de la Batalla de Ayacucho. Tres días después, Mariátegui publicó “La imaginación y el progreso”. El texto que leemos es un contramаниfiesto. Trabajadores de la cultura y luchadores sociales nos hemos acostumbrado a que esa imposición de la imagen del mundo realizada por las clases dominantes vaya de la mano de la expropiación de nuestra capacidad de imaginar el pa-

²⁵ José Emilio Pacheco, “Alta traición”, en *La fábula del tiempo. Antología poética*, México, Era, 2005, p. 40.

sado. Por eso Mariátegui dice en otro lado que “quien no puede imaginar el futuro, tampoco puede, por lo general, imaginar el pasado”.²⁶ Nos sentimos ajenos respecto de la historia en la misma medida en que nos sentimos impotentes respecto de nuestro futuro.

Por eso las palabras de Mariátegui deben leerse con humor esperanzado: “En la América del Sur, *por ejemplo*, acabamos de conmemorar la figura y la obra de los animadores y conductores de la Revolución de la Independencia”. Ese “por ejemplo”, ¿no introduce un falso tono dubitativo, que refuerza la leve ironía que llevaba el texto? “Estos hombres nos parecen, *fundadamente*, geniales”. Hace un siglo, igual que ahora, muchos militantes y trabajadores del arte no se sintieron convocados por la conmemoración de la Independencia; muchos de ellos quizá no habrían asentido ante ese adverbio “fundadamente”, que sí habría provocado el asentimiento enérgico de aquellos acostumbrados a los discursos nacionalistas de la república aristocrática. “¿Pero cuál es la primera condición de la genialidad? Es, sin duda, una poderosa facultad de imaginación. Los libertadores fueron grandes porque fueron, ante todo, imaginativos. Insurgieron contra la realidad limitada, contra la realidad imperfecta de su tiempo”. Y las razones de esa genialidad le arrebatan la Revolución de Independencia a los conservadores, y nos recuerdan lo que ya habíamos olvidado: que los libertadores “trabajaron por crear una realidad nueva”. En un golpe de humor, Mariátegui dice que “Bolívar tuvo sueños futuristas”, como si el Libertador fuera un poeta de la vanguardia rusa o italiana; un integrante de los movimientos que Mariátegui había comenzado a comentar en *Variedades* a principios de ese año.

¿Cuántas formas de hacer política con presunta voluntad de transformación son en realidad infecundas justamente

²⁶ José Carlos Mariátegui, “Heterodoxia de la tradición”, en *Literatura y estética*, *op. cit.*, p. 116.

porque son poco imaginativas? ¿Qué hace falta para lograr la transformación de la realidad? ¿Qué podemos aprender del pasado? ¿Cómo fue posible esa transformación en tiempos que parecen improbables? En los últimos párrafos que citamos, Mariátegui pasa de la alabanza de la imaginación en cuanto facultad propiamente crítica del ser humano, que lo abre a la experiencia de la “vida” en cuanto historia y proceso, y le permite construirse como sujeto, a la pregunta por las formas históricas de imaginación que, en nuestra América, han permitido pensar la realidad en clave de posibilidad, de manera que sea posible actuar y transformarla. ¿Cómo sería una historia de nuestras ideas que se planteara a sí misma como una historia de esos modos históricos de imaginación, paralela de los modos históricos de transformación de la realidad?

Bolívar tuvo sueños futuristas. Pensó en una confederación de estados indo-españoles. Sin este ideal, es probable que Bolívar no hubiese venido a combatir por nuestra independencia. La suerte de la independencia del Perú ha dependido, por ende, en gran parte, de la aptitud imaginativa del Libertador. Al celebrar el centenario de una victoria de Ayacucho se celebra, realmente, el centenario de una victoria de la imaginación. La realidad sensible, la realidad evidente, en los tiempos de la Revolución de Independencia, no era, por cierto, republicana ni nacionalista. La benemerencia de los libertadores consiste en haber visto una realidad potencial, una realidad superior, una realidad imaginaria.

A partir de este último párrafo, el texto cambia de tono: se vuelve contundente. Deja de sentirse como un artículo. Parece más bien que estuviéramos leyendo una proclama. Frente a las visiones teleológicas del proceso histórico, que en nombre de las presuntas leyes del progreso objetivo de la historia dicen hoy que no es posible la transformación radical de nuestro mundo, Mariátegui recuerda que la realidad “sensible” y “evidente” de los tiempos de los libertadores tampoco parecía darles la razón, “no era, *por cierto*, republicana ni naciona-

lista”. Pero la realidad es más que lo que de ella podemos ver. Al reivindicar la capacidad de la imaginación para intuir la “realidad potencial” que late en cada momento histórico, Mariátegui también reivindica la capacidad de los sujetos para cambiar la historia a pesar de esas presuntas leyes. Así emerge en este texto un tema que atraviesa toda la obra de Mariátegui: el voluntarismo que pone el acento en la responsabilidad de cada sujeto en la construcción de su historia, paralelo de la invitación a vivir la vida como si fuera una aventura.

Ese tono de proclama es evidente en la adopción del modo declarativo (“...esta es la historia...”); en el uso contundente de adverbios (“...el progreso ha sido realizado *siempre*...”), adjetivos (“...de *todos* los grandes acontecimientos...”) y pronombres (“...a *nadie* le parecen grandes...”). Mariátegui se dirige a nosotros, sus lectores situados en el presente de la enunciación, y nos urge a actuar y tomar la palabra.

Esta es la historia de todos los grandes acontecimientos humanos. El progreso ha sido realizado siempre por los imaginativos. La posteridad ha aceptado, invariablemente, su obra. El conservatismo de una época, en una época posterior, no tiene nunca más defensores o prosélitos que unos cuantos románticos y unos cuantos extravagantes. La humanidad, con raras excepciones, estima y estudia a los hombres de la revolución francesa mucho más que a los de la monarquía y la feudalidad entonces abatida. Luis XVI y María Antonieta le parecen a mucha gente, sobre todo, desgraciados. A nadie le parecen grandes.²⁷

PARA NO CERRAR: POTENCIAS DE LA “ENTRAÑA
OBSCURA DE LA HISTORIA”

Inmediatamente, Mariátegui abandona el tono contundente; recupera el sentido del humor y regresa al tono coloquial anterior:

²⁷ José Carlos Mariátegui, “La imaginación y el progreso”, pp. 78-79.

De otro lado, la imaginación, generalmente, es menos libre y menos arbitraria de lo que se supone. La pobre ha sido muy difamada y deformada. Algunos la creen más o menos loca; otros la juzgan ilimitada y hasta infinita. En realidad la imaginación es asaz modesta. Como todas las cosas humanas, la imaginación tiene también sus confines. En todos los hombres, en los más geniales como en los más idiotas, se encuentra condicionada por circunstancias de tiempo y espacio. El espíritu humano reacciona contra la realidad contingente. Pero precisamente cuando reacciona contra la realidad es cuando tal vez depende más de ella. Pugna por modificar lo que vé [*sic*] y lo que siente; no lo que ignora. Luego, sólo son válidas aquellas utopías que se podrían llamar realistas. Aquellas utopías que nacen de la entraña misma de la realidad. Jorge Simmel escribía una vez que una sociedad colectivista se mueve hacia ideales individualistas y que, inversamente, una sociedad individualista se mueve hacia ideales socialistas. La filosofía hegeliana explica la fuerza creadora del ideal como una consecuencia, al mismo tiempo, de la resistencia y del estímulo que éste encuentra en la realidad. Podría decirse que el hombre no prevé ni imagina sino lo que ya está germinando, madurando, en la entraña obscura de la historia.²⁸

La “entraña oscura de la historia” es una metáfora de enorme potencia. Ayuda a pensar esa concepción antiteleológica del tiempo en donde las revoluciones son resultado de eventos que pasan inadvertidos pero se quedan madurando para después emerger en momentos inesperados. Hay algo de calidez en ese espacio oscuro donde se guardan las vísceras y otros órganos necesarios para el mantenimiento de la vida. Al mismo tiempo, la entraña es el lugar en donde madura la vida antes de darse a luz. En ella se guardan las cosas entrañables. Mariátegui compara la entraña de los seres humanos con la tierra en que las semillas germinan. Lo más real de la realidad no es, pues, únicamente aquello

²⁸ *Ibid.*, p. 79.

de la realidad que vemos, sino también aquello que presentimos porque está germinando. La imaginación es una facultad que permite presentir aquello que el proceso histórico vuelve posible en cada momento. En realidad, la imaginación es constitutiva del ser humano en cuanto ser histórico. Mariátegui pone de cabeza un dogma del marxismo dogmático: el ser humano sólo puede imaginar lo que su circunstancia le permite, pero esa imaginación no reproduce mecánicamente lo dado por esa circunstancia, sino que lleva a preguntar por las condiciones inéditas de posibilidad que permiten que el presente se abra hacia el futuro.²⁹ Así también, la rígida separación entre “socialismo utópico” y “socialismo científico”, levantada como bandera de guerra en los textos polémicos de Engels, queda desarticulada en la rica concepción de “utopías realistas” formulada casi al final de este ensayo.

Las palabras con las que Mariátegui se despide de su público también están llenas de sentido del humor. Es casi el final de la clase, y ya no tenemos tiempo de comentarlas junto al grupo. Ellas dejan en el aire la sonrisa del autor, y nos permiten irnos a casa esperanzados. Se quedan germinando entre nosotros. ¿Quién sabe qué provocarán?

Esta tesis sobre la imaginación, el conservatismo y el progreso, podría conducirnos a conclusiones muy interesantes y originales. A conclusiones que nos moverían, por ejemplo, a no clasi-

²⁹ La filosofía de la historia que Mariátegui articula en este texto, y que continúa desarrollando en otros textos de la época (como “Heterodoxia de la tradición” y “Reivindicación de Jorge Manrique”), tiene puntos de contacto con la que poco después desarrollaría Ernst Bloch, que pueden explicarse por una “afinidad electiva” producto de la inserción de ambos pensadores en el universo discursivo abierto por la revolución rusa, el clima intelectual de la vanguardia estético-política y el descubrimiento paralelo de los textos del joven Marx que ponen el acento en el sujeto, la praxis y la historia. Por falta de espacio aquí no podemos desarrollar esos puntos de contacto a detalle. Véase Fernanda Beigel, *El itinerario y la brújula*, cap. II.

ficar más a los hombres como revolucionarios y conservadores sino como imaginativos y sin imaginación. Distinguiéndolos así, cometeríamos tal vez la injusticia de halagar demasiado la vanidad de los revolucionarios y de ofender un poco la vanidad, al fin y al cabo respetable, de los conservadores. Además, a las inteligencias universitarias y metódicas, la nueva clasificación les parecería bastante arbitraria, bastante insólita. Pero, evidentemente, resulta muy monótono clasificar y calificar siempre a los hombres de la misma manera. Y, sobre todo, si la humanidad no les ha encontrado todavía un nuevo nombre a los conservadores y a los revolucionarios, es también, indudablemente, por falta de imaginación.³⁰

BIBLIOGRAFÍA

- ARROYO REYES, CARLOS, “La parábola mariateguiana de Antonio Melis”, *Cuadernos Americanos*, vol. III, núm. 81 (2000), pp. 144-168.
- BEIGEL, FERNANDA, *El itinerario y la brújula. El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui*, Buenos Aires, Biblos, 2003.
- , *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2006.
- BERNABÉ, MÓNICA, *Vidas de artista. Bohemia y dandismo en Mariátegui, Valdelomar y Eguren*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2006.
- CAMPUZANO ARTETA, ÁLVARO, *La modernidad imaginada. Arte y literatura en el pensamiento de José Carlos Mariátegui (1911-1930)*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2017.
- CASALINO SEN, CARLOTA, “Centenario de la Independencia y el próximo Bicentenario: diálogo entre los Próceres de

³⁰ “La imaginación y el progreso”, pp. 80-81.

- la nación, la 'Patria Nueva' y el proyecto de comunidad cívica en el Perú", *Investigaciones Sociales*, año X, núm. 17 (2006), pp. 285-309.
- CHAUPI TORRES, JOSÉ ANTONIO, "Patria y nación: Leguía durante el centenario de la Batalla de Ayacucho", *Investigaciones Sociales*, vol. XIX, núm. 34 (2005), pp. 131-141.
- CERUTTI GULDBERG, HORACIO, *Filosofar desde nuestra América. Ensayo problematizador de su "modus operandi"*, México, Miguel Ángel Porrúa-UNAM, 2000.
- DORRA, RAÚL, *La casa y el caracol*, Puebla, BUAP, 2005.
- ECHEVERRÍA, BOLÍVAR, *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*, México, Ítaca, 2011.
- ESPINOZA, G. ANTONIO, *Education and the State in Modern Peru. Primary Education in Lima, 1821-c.1921*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2013.
- GAOS, JOSÉ, "El pensamiento hispano-americano. Notas para una interpretación histórico-filosófica", en *Obras completas*, t. VI, *Pensamiento de lengua española. Pensamiento español*, ed. Fernando Salmerón, México, UNAM, 1996, pp. 31-107.
- ILLICH, IVÁN, *En el viñedo del texto*, trad. de Marta I. González García, México, FCE, 2002.
- LIDA, RAIMUNDO, "Notas al casticismo de Rubén", en *De la literatura hispánica moderna*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 15-47.
- LLEDÓ, EMILIO, *Imágenes y palabras. Ensayos de humanidades*, Madrid, Taurus, 1998.
- MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS, "Desperezo", en *Invitación a la vida heroica. Textos esenciales*, edición de Alberto Flores Galindo y Ricardo Portocarrero, 2ª ed., Lima, Fondo Editorial del Consejo del Perú, 2005, pp. 49-53.
- _____, "Heterodoxia de la tradición", en *Literatura y estética*, edición de Mirla Alcibíades, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2006, pp. 114-117.
- _____, "Juan Manuel", en *Invitación a la vida heroica. Textos esenciales*, pp. 14-17.

- _____, “La imaginación y el progreso”, en *Literatura y estética*, pp. 77-81.
- _____, “Palabras preliminares. Nuestra posición en la prensa”, en *Invitación a la vida heroica*, pp. 120-122.
- _____, “Popularidad de Lerroux. El mitin de Jai Alai. Un poeta festivo”, en *Invitación a la vida heroica*, pp. 3-6.
- MARX, CARLOS, “Tesis sobre Feuerbach”, en *Obras escogidas de Marx y Engels*, Progreso, Moscú, 1980, t. I, p. 7-10.
- MARX, CARLOS Y FEDERICO ENGELS, “Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista”, en *Obras escogidas de Marx y Engels*, t. I, pp. 11-81.
- MONDRAGÓN, RAFAEL, “La sonrisa de Margit”, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* (México), núm. 512 (agosto de 2013), p. 17.
- _____, “Nuestra filología, entre dos silencios (notas sobre la historia del saber filológico latinoamericano y sobre su responsabilidad ciudadana)”, en Ottmar Ette y Sergio Ugalde Quintana, coords., *La filología como ciencia de la vida*, México, Universidad Iberoamericana, 2015, pp. 119-138.
- _____, “Para una teoría literaria de nuestros textos filosóficos. La dimensión estética del pensamiento latinoamericano según la obra de José Gaos”, *Francisco Bilbao y la caracterización de la prosa de ideas en nuestra América en el siglo XIX*, tesis de doctorado inédita para optar al grado de Doctor en Letras, México, FFYL-UNAM, 2013, pp. 37-57.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO, *La fábula del tiempo. Antología poética*, México, Era, 2005.
- PFEIFFER, JOHANNES, *La poesía*, trad. de Margit Frenk, México, FCE, 1959.
- RAMÍREZ FIERRO, MARÍA DEL RAYO, “Vera Yamuni: filósofa del pensamiento de lengua española”, *Pensares y Quebaceres* (México), núm. 3 (2006), pp. 19-29.
- SAID, EDWARD W., *El mundo, el texto y el crítico*, 1a. edición en inglés 1983, trad. de Ricardo García Pérez, Madrid, Debate, 2004.

- THISSEN, SERVAIS, *Mariátegui. La aventura del hombre nuevo*, Lima, Horizonte, 2017.
- WEINBERG, LILIANA, *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, México, FCE, 2001.
- WILLIAMS, RAYMOND, *Lectura y crítica*, trad. de Mariana Calcagno, Buenos Aires, Ediciones Godot, 2001.